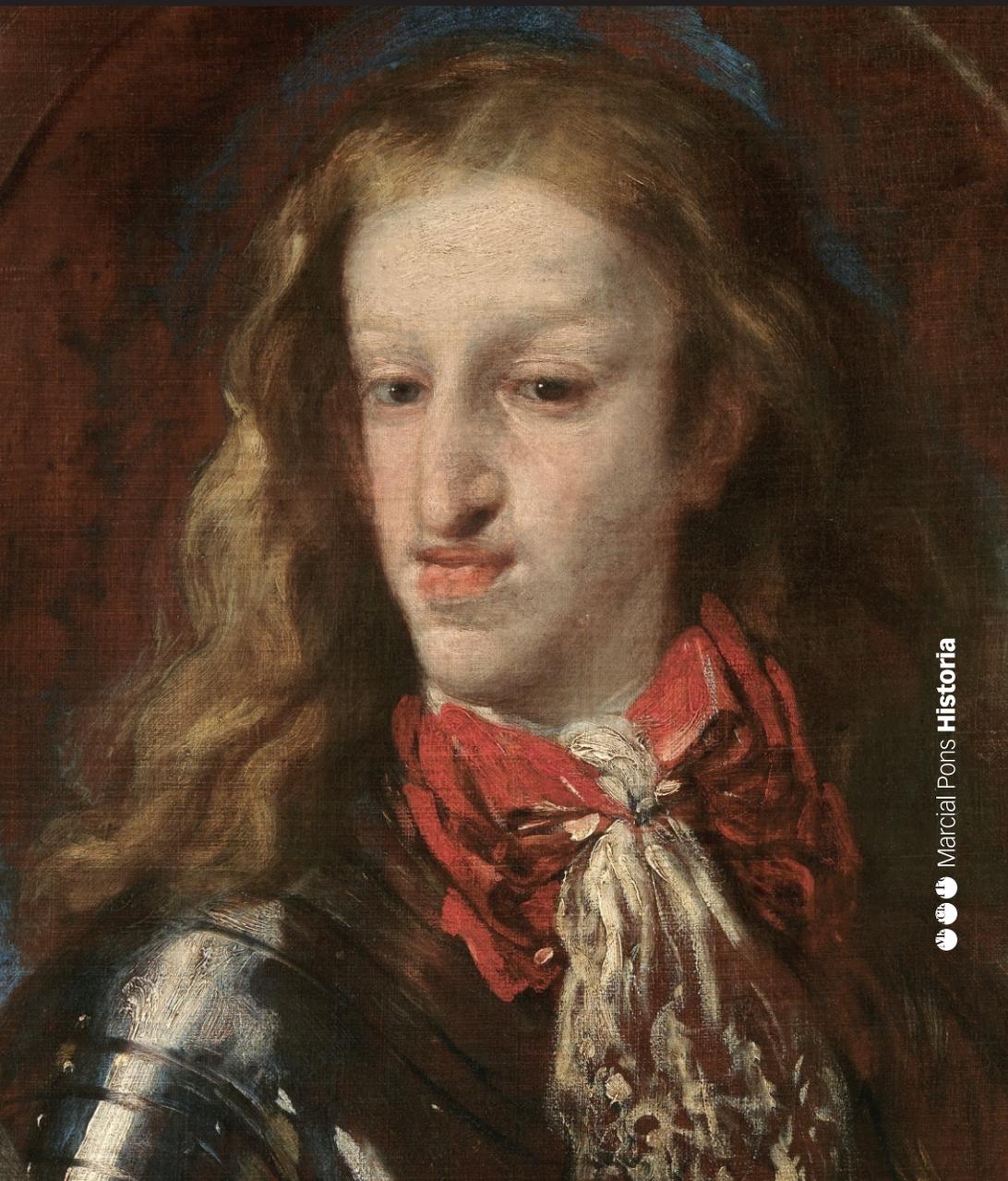


El final de la España de los Austrias
(1665-1700)

Luis Ribot

Carlos II



LUIS RIBOT

CARLOS II

**El final de la España de los Austrias
(1665-1700)**

Marcial Pons Historia
2025

Ilustración de cubierta: *Carlos II*, de Luca Giordano, 1693, óleo sobre lienzo, 66 x 56 cm, Madrid, Museo Nacional del Prado.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© Luis Ribot
© Marcial Pons, Ediciones de Historia, S. A.
San Sotero, 6 - 28037 Madrid
☎ 91 304 33 03
edicioneshistoria@marcialpons.es
ISBN: 978-84-19892-29-4
Depósito legal: M 12440-2025
Diseño de cubierta: Ene Estudio Gráfico
Impresión: Safekat, S. L.
Madrid, 2025

Índice

	<u>Pág.</u>
AGRADECIMIENTOS	13
INTRODUCCIÓN	15
Carlos II. Del ensalzamiento al desprecio historiográfico	21
1. LA REGENCIA DE MARIANA DE AUSTRIA (1665-1677)	43
El rey niño	45
Los primeros años de la reina gobernadora	60
Tiempos de estabilidad (1669-1673)	110
La resistencia de Mariana a abandonar el poder	132
2. EL AUGE DEL REFORMISMO (1677-1691)	165
El rey joven	167
El ministerio de don Juan de Austria	182
El duque de Medinaceli primer ministro	213
El gobierno del conde de Oropesa	232
3. LA DÉCADA DE MARIANA DE NEOBURGO	249
El rey adulto	254
Los últimos años	266
4. UNA ÉPOCA DE INCERTIDUMBRES	319
<i>Carolus Rex</i>	321

	<u>Pág.</u>
Reformas políticas e institucionales	350
Estabilización monetaria	362
La política hacendística	367
La relación con los reinos	402
 REFLEXIONES FINALES	 453
Los límites de la decadencia	455
La defensa del patrimonio territorial	459
Los protagonistas del reinado	468
Luces y sombras.....	477
 APÉNDICES.....	 481
I. Personajes del reinado de Carlos II.....	483
II. Altos cargos palatinos.....	491
III. Consejeros de Estado	495
IV. Presidentes de consejos y secretarios del Despacho Universal..	499
V. Virreyes y gobernadores generales.....	503
VI. Embajadores	509
 BIBLIOGRAFÍA CITADA	 513
 ÍNDICE ONOMÁSTICO.....	 565

Introducción



Uno de los hechos más sorprendentes de nuestra historia ha sido el olvido durante mucho tiempo del reinado de Carlos II, un periodo por el que los historiadores pasaban sobre ascuas, saltando lo más rápido posible los treinta y cinco años en que ocupó el trono, para enlazar el reinado de Felipe IV con la llegada de Felipe V y la Guerra de Sucesión¹. Dicho olvido se debe en buena medida al peso enorme que ha tenido el modelo historiográfico de la decadencia, hoy en vías de superación gracias a la labor de buen número de investigadores; un modelo, que, aunque afectaba a todo el siglo XVII español, encontraba su fase culminante en el reinado de Carlos II y en la propia persona del rey, perfecta encarnación humana de esa terrible decadencia. Conviene aclarar no obstante, y desde un principio, que la decadencia fue real. Basta para comprobarlo, entre otros varios aspectos, la comparación del papel internacional de la España de aquellos años con el de un siglo atrás, durante el reinado de Felipe II². Lo que hay que desechar es la perspectiva historiográfica o el paradigma de la decadencia, cuyo predominio ha teñido de negro durante mucho tiempo la visión del reinado de Carlos II, y ha desviado la atención de los historiadores, de forma similar a como, en el campo de la óptica, el color negro rechaza la luz.

El cambio en la actitud en las últimas cuatro o cinco décadas se ha manifestado, no solo en el acercamiento a todo el siglo XVII desde

¹ Véase RIBOT, «El centenario olvidado».

² Para una visión de conjunto de la política exterior del reinado, RIBOT, «La España de Carlos II en la política europea».

perspectivas metodológicas más correctas, sino también en el enorme interés que ha despertado el reinado del último de los Austrias españoles, hasta el punto de convertirse en uno de los que atraen actualmente a un mayor número de investigadores, no solo españoles. La propia figura de Carlos II, pese a la pervivencia entre muchas gentes del mito del Hechizado y la visión más negativa sobre él —muy difícil, por no decir imposible de desarraigar, como todos los mitos—³ está siendo objeto de un sorprendente interés, que se manifiesta también en el mundo de la informática y las redes sociales, probablemente como compensación por tantos años de olvido.

Cualquier valoración que se haga del reinado del último de los Austrias ha de considerar el punto de partida, la situación en que se hallaba la Monarquía en septiembre de 1665, cuando el príncipe Carlos se convirtió en rey. No pueden juzgarse los treinta y cinco años finales del siglo XVII sin tener en cuenta la herencia recibida, que era sin duda bastante peor que la de cualquiera de sus antepasados de la dinastía Habsburgo. Cuando Carlos I accedió al trono existían numerosos problemas, pero contaba con elementos positivos, y entre ellos la pujanza de un territorio como la Corona de Castilla o la expectativa de la colonización del Nuevo Mundo y los beneficios que se esperaban de ella. Felipe II recibió una Monarquía en guerra, pero que pocos años después habría de confirmar, con el tratado de Cateau-Cambrésis, su supremacía en el conjunto de la política europea; superioridad que continuaba, pese a las dificultades, cuando accedieron al trono tanto Felipe III como Felipe IV. Carlos II, en cambio, se convierte en rey sin haber cumplido aún los cuatro años, y poco después de la derrota frente a Francia sancionada en la paz de los Pirineos, que consagraba el fin de la hegemonía española en el seno de la cristiandad. Solo quedaba pendiente de solución la guerra con Portugal a raíz de la rebelión de dicho reino en 1640, pero cuando muere Felipe IV el trono portugués, con sus numerosos territorios ultramarinos, estaba ya prácticamente perdido después de las últimas derrotas sufridas por sus ejércitos.

³ Julio Arroyo ha señalado el «proceso de mitificación patológica de Carlos II que ha trascendido desde la historiografía al saber popular», cfr. ARROYO, «Carlos II y su hechizo», 21.

El conflicto con Portugal era el último resto de la gran crisis de la estructura interna de la Monarquía sufrida en los años cuarenta, y debida esencialmente a los desajustes provocados por la necesidad de sostener con hombres y dinero la Guerra de los Treinta Años, cuya envergadura se vio incrementada, en el caso de España, por la reanudación de la guerra en los Países Bajos y el enfrentamiento bélico con Francia, que no concluiría hasta 1659. Las revueltas y tensiones que afectaron entonces a varios de los reinos y territorios de Felipe IV ya se habían superado, pero era necesario continuar en cada uno de ellos la política de pacificación y reconstrucción de las bases del poder y los acuerdos básicos sobre los que este descansaba.

El mayor problema de la Monarquía era el agotamiento de la Corona de Castilla, que había sido su base esencial de sustentación. Su población —y especialmente en el interior— apenas había comenzado a recuperarse de la fuerte crisis sufrida durante la primera mitad de la centuria (malas cosechas, epidemias, emigración...), a lo que había que unir la crisis económica y la falta de recursos de una Hacienda real fuertemente endeudada⁴. En adelante, no podría sostener las guerras en la proporción en que lo había hecho hasta entonces, como tampoco aportar a los ejércitos el número elevado de hombres que solían requerir. Era necesario que otros integrantes de la Monarquía contribuyeran en medida creciente, aunque este —el reparto de las cargas— había sido uno de los objetivos del conde-duque de Olivares, y uno de los motivos de fondo que explican su caída y la gran crisis de los años cuarenta. Las cosas no podían plantearse como entonces y la política exigía un grado elevado de negociación, acuerdos y contraprestaciones con los diversos grupos dirigentes, y en especial, los de aquellos territorios en los que la guerra hiciera necesario un esfuerzo fiscal y militar. Todo ello sin enajenarse a los sectores mayoritarios de la población, los no privilegiados, que pagaban la cuantía principal de los impuestos y eran los más sensibles a los efectos negativos de la guerra, las malas cosechas o las epidemias.

Al igual que en los reinados anteriores, la supervivencia de la Monarquía ofrecía un doble aspecto: exterior e interior, distinción esta que no debe llevarnos a pensar en la separación entre tales ámbitos, que estaban, por el contrario, profundamente interrelacionados. Los

⁴ KAMEN, *La España de Carlos II*, 106.

problemas interiores solían ser aprovechados por los enemigos para agrandar el conflicto e influían en la capacidad de respuesta de la Monarquía en su relación con otros príncipes y estados soberanos. No solo era necesario impedir sublevaciones, sino que los gobernantes tenían que garantizarse la ayuda de los súbditos en caso de ataques exteriores. El mayor problema —heredado del reinado de Felipe IV e imposible de resolver— era la incapacidad para defender la enorme estructura territorial de la Monarquía, procedente de un periodo de hegemonía política, pero que no podía mantenerse, a corto o medio plazo, en ausencia de esta. Cuando muere Felipe IV, Europa ya había comenzado a experimentar las ambiciones hegemónicas del joven Luis XIV, que habría de ser un digno heredero de la política desarrollada anteriormente por los cardenales Richelieu y Mazarino, aunque era difícil imaginar el alto grado de desarrollo al que habría de llevarla, teniendo como objetivo preferente —al igual que ambos— el enfrentamiento con la Monarquía de España⁵. La diferencia con el tiempo de dichos cardenales era que, a la muerte de Felipe IV, el poder internacional de España era ya claramente inferior al de Francia, lo que no había ocurrido hasta finales de los años cincuenta. Como el propio monarca francés habría de escribir en sus memorias para la instrucción del delfín, «el estado de las dos coronas de Francia y de España es tal en la actualidad y desde hace mucho tiempo en el mundo, que no es posible elevar a una sin rebajar a la otra»⁶.

Eran pues muchos los retos y las dificultades heredados, y no conviene olvidarlos para valorar en su justa medida las posibilidades, así como los aciertos y desaciertos del reinado del último de los monarcas españoles de la Casa de Austria. La desconsideración por parte de la historiografía de la decadencia ha llevado a minusvalorar tanto a sus protagonistas como a los hechos y realizaciones principales de aquellos años. Rey y reinado (el gobierno de la Monarquía) serán los polos de atención de este estudio, pues se trata de dos elementos que no pueden entenderse separadamente. La historiografía tradicional realizó una fácil identificación entre ellos, condenando a ambos al desprecio y al olvido. Uno y otro se influían mutuamente y se conta-

⁵ Prueba de ello fue el temprano incidente diplomático ocurrido en Londres, por la disputa de la precedencia entre los embajadores español y francés, véase OCHOA, «El incidente diplomático hispano-francés de 1661».

⁶ LUIS XIV, *Mémoires*, II, 445-446.

giaban carencias, incapacidades y frustraciones. Si el rey era incapaz, su reinado fue el de la más absoluta decadencia, el final desgraciado de la España hegemónica, condición que había mantenido hasta unas décadas antes. «El lamentable periodo comprendido entre 1665 y 1700», según lo definió Julián Juderías⁷. Un tiempo de marasmo y crisis absoluta, que, según la interpretación interesada surgida ya en el siglo XVIII, solo comenzaría a superarse gracias a los buenos oficios de los monarcas de la dinastía Borbón y sus colaboradores. El juicio negativo sobre el tiempo anterior serviría eficazmente para prestigiar a los nuevos ocupantes del trono.

Dada la importancia que ha tenido la visión consolidada sobre el monarca, tanto en las consideraciones sobre su figura histórica como en el dilatado desinterés por su reinado, parece oportuno repasar, en este capítulo introductorio, los diversos juicios y opiniones que ha suscitado a lo largo del tiempo el último rey español de la Casa de Austria.

Carlos II. Del ensalzamiento al desprecio historiográfico

El sucesor de Felipe IV es uno de los reyes peor considerados, no solo de la historia de España, sino de la del conjunto de los reinos y monarquías del pasado, y no precisamente por su condición moral, la que distingue el bien del mal, sino por las carencias físicas e intelectuales que se le atribuyen. Un ser enfermo y desgraciado, incapacitado en consecuencia para desempeñar el elevado puesto en que su nacimiento le había situado. El rey inútil y hechizado —retrasado mental, incluso— que ha predominado en la historiografía hasta tiempos muy recientes, y que se mantiene sólidamente en la opinión pública, tan difícil siempre de modificar. Para muchos autores e historiadores, la descalificación y el desprecio no dejan lugar a la más mínima piedad hacia él. A otros, en cambio, la consideración de la distancia existente entre la majestad de su condición y la realidad del personaje, obligado a vivir bajo el peso de atribuciones y responsabilidades que sobrepasaban sus capacidades, les induce a cierta conmi-

⁷ JUDERÍAS, *España en tiempos de Carlos II*, 236.

seración, motivada también por su evidente bondad y rectitud. Ambas posturas resumen la mayoría de las visiones sobre Carlos II.

Antes de todo ello, durante su vida y en los años que siguieron a su muerte, las cosas fueron distintas y, si bien al compás de los acontecimientos recibió críticas acerbas en las sátiras y escritos anónimos, fue objeto también de alabanzas desmesuradas por parte de cortesanos interesados, panegiristas y autores de libros en sus dedicatorias. Al igual que sus predecesores y sucesores, Carlos II se vio rodeado por un mar de adulaciones y halagos, al que siguió una opinión bastante favorable en los años posteriores a su desaparición.

Adulación en vida y alabanzas póstumas

Los numerosos ditirambos al rey y sus virtudes que surgieron durante su vida estuvieron fuertemente influidos por la reverencia y el respeto a la majestad, además del agradecimiento, en su caso, por el favor recibido, o la impetración de este por la vía de la lisonja. Sirva de ejemplo el escrito por el cortesano Juan de la Parra cuando el rey tenía dieciocho años:

«Y para poder hacer este retrato pediré prestados sus colores al más perfecto Tiziano, sus pinceles al máximo caballero; empezaré por el rojo color, esmalte que adorna las venas austriacas de encarnados matices, que sonrosean sus mejillas; rubio pelo que el Ofir le tributa, madejas que sirven de adorno a su persona; bajo ultramar con que matizó naturaleza sus ojos para ver las más escondidas necesidades de sus vasallos; la grana tributa colores a sus labios; caja en que encierra la lengua que pronunció elogios sin perjudiciales desperdicios; son sus manos taladradas en que el oro sale a comunicarse a sus súbditos y vasallos; son sus pies sin ociosidad y pudiera decir en muchos casos ser postas para el remedio y alivio y para la devoción, sin ejemplar en su edad. Y me asegura la experiencia no ser notado de ningún vicio, antes ser admirado mucho de algún piadoso ejercicio. La afectuosa cuanto castellana esperanza nos le da vestido de verde, color de ver propagada su sucesión en fecundas ramas...»⁸.

⁸ Citado *ibidem*, 256.